

DOS BANDERAS, UNA HISTORIA

**Elena Rodríguez Miranda, Paula Fernández Márquez -
IES María Inmaculada. Mairena del Alcor (Sevilla)**

Idilé. Esta palabra significa “familia” en mi idioma natal, Yoruba. Yo encontré una donde menos lo esperaba. Esta es mi historia.

Todo empezó cuando hubo un golpe de estado en mi país. Debido a esta situación, mi padre y yo tuvimos que huir del lugar donde siempre nos habíamos sentido seguros. Tuvimos un recorrido difícil y al llegar pensé que nunca más me iba a sentir en casa.

Cuando llegué por primera vez a un pequeño pueblo andaluz donde iba a vivir con mi padre, llevaba la maleta llena de ropa y la cabeza llena de dudas. Mi padre me sonreía con un gesto tranquilo, como si quisiera decirme que todo iría bien, aunque yo notaba que él también estaba nervioso. Respiré hondo, observé las calles blancas y luminosas, y traté de convencerme de que aquel sería el inicio de algo bueno.

Lo primero que me llamó la atención fue la bandera verde y blanca que ondeaba en el ayuntamiento. Me sorprendió ver a un hombre sosteniendo dos leones en el escudo. Una imagen que me resultaba extraña y fascinante al mismo tiempo. Mi padre me explicó que era Hércules, que representaba fuerza y unión. Valores muy apreciados en esta tierra. Yo pensé inevitablemente en los colores y símbolos de mi propia nación. En contraste con la serenidad del pueblo andaluz, Nigeria había vivido disturbios y tensiones en los últimos años. Allí, las banderas se usaban a veces como símbolo de protesta, mientras que aquí parecía representar orgullo y calma. Esa diferencia me provocó un pequeño choque interno, como si hubiera saltado de un mundo a otro.

Las primeras semanas en el instituto fueron un torbellino de emociones. Me costaba entender algunos acentos, especialmente cuando mis compañeros hablaban rápido o usaban palabras que no conocía. Hacer amigos tampoco estaba siendo fácil. Algunos eran amables, otros simplemente me observaban con curiosidad, y unos pocos parecían no saber cómo hablarme. Aunque me esforzaba en clase, a veces salía pensando que nunca lograría adaptarme del todo, que mi lengua, mis costumbres y hasta mi forma de ver el mundo eran demasiado diferentes. Estoy agradecido porque rápidamente tuve apoyo de profesores que trabajaban con alumnos como yo.

Todo cambió el día que conocí a Marcos. Él se sentó a mi lado en clase de Geografía sin decir nada al principio, pero cuando vio que yo estaba un poco perdido con los apuntes, se acercó a mí y me explicó con paciencia. Su tono era respetuoso, sin risa ni diferencia en mí con los demás. Yo agradecí aquel gesto más de lo que él imaginaba. En los recreos empezó a acompañarme, presentándose a gente, tratando de hacerme sentir menos solo. Marcos no juzgaba, simplemente estaba allí. Su empatía fue el puente que yo necesitaba.

Con el paso de los días, Marcos comenzó a enseñarme cosas sobre Andalucía. Me habló de la importancia de la solidaridad, de cómo la gente del pueblo se ayudaba entre sí casi como si fueran familia. Me explicó tradiciones, canciones y leyendas. Yo escuchaba con atención cada historia sobre al-Ándalus, los patios llenos de flores y la mezcla de culturas que había marcado a la región durante siglos. Aquello me sorprendió. Andalucía no era un

lugar cerrado, sino uno que, desde siempre, había convivido con influencias distintas. Eso me daba esperanza.

Un día, durante Semana Santa, yo sentí algo que no esperaba. Mientras veía pasar una procesión, los nazarenos avanzaban con túnicas largas y grandes capirotes. Aunque todos observaban la escena con devoción, yo sentía un escalofrío que me recorría la espalda. Me recordó a las historias que me contaba mi tía, que vivía en Estados Unidos, sobre el Ku Klux Klan. Yo no entendía aún la tradición y, al ver aquellas figuras, me sentía muy asustado. Marcos lo notó enseguida y me explicó que no tenía nada que ver con aquel grupo racista, que los nazarenos participaban en la procesión como parte de una tradición religiosa muy antigua. Yo respiré un poco más tranquilo, aunque todavía necesitaba unos minutos para recuperarme de ese choque cultural tan impactante.

La llegada de la primavera trajo otras experiencias más alegres. En la Feria de Abril, me quedé asombrado con el colorido de los trajes de flamenca, el sonido de las Sevillanas y la energía del ambiente. Marcos me llevó a los cacharritos. Recuerdo que nos subimos a la noria, desde donde se veía toda la feria iluminada. Nunca había visto algo tan colorido. Era como si la primavera hubiera explotado en luces, risas y música.

Pero no todo era perfecto. Hubo días en los que yo me sentía herido, sin que nadie se diera cuenta de que también tenía sentimientos. Algunas expresiones que escuchaba, como “trabajar más que un negro” o de ese tipo, me provocaban un nudo en el estómago. Aunque sabía que la mayoría de la gente no las decía con intención de hacer daño, no podía evitar sentirme rechazado, como si esas palabras insinuaran que yo era menos que otros.

Una tarde, después de oír una de esas frases en el recreo, me aparté triste. Marcos, preocupado, me vio en un rincón del patio. Le expliqué lo que sentía y él, mirando al suelo, reconoció que nunca había pensado en lo que esas expresiones podrían significar para mí. Me dijo que tenía derecho a sentirme así y que hablaría con sus compañeros para que entendieran por qué no debían usarlas.

Con la ayuda de Marcos y de otros compañeros que también me apoyaban, empecé a ver que no estaba solo. Mis sentimientos eran válidos, y había gente dispuesta a aprender, a corregirse y a hacer que me sintiera incluido. Ese gesto de empatía me devolvió parte de la confianza que había perdido en este camino emocional en el que me encontraba.

Con el tiempo, tanto el pueblo como el instituto se volcaron conmigo y mi padre. Nuestra llegada había despertado en muchos la curiosidad por conocer Nigeria. Incluso los profesores vieron una

oportunidad perfecta. Así, decidieron organizar la Semana de la Diversidad, cuyo tema principal sería precisamente la conexión entre Nigeria y Andalucía.

Participé tímidamente al principio, pero pronto me sentí orgulloso al hablar de mi país, de su comida picante, de su música llena de ritmos africanos, de los tejidos coloridos y de su naturaleza. Por su parte, mis compañeros prepararon murales sobre las costumbres andaluzas: el gazpacho, el flamenco, el himno, los colores de la bandera, los paisajes de olivares, las playas, la Semana Santa, la Feria de Abril o el Rocío.

Durante aquellos días, tuve un despertar cultural. Andalucía era algo más que sus símbolos. Me di cuenta de que ya no me sentía extranjero. Era nigeriano y era, también, un poquito andaluz. Comprendí que pertenecer a un lugar no significaba cambiar quién eres, sino permitir que otros te conozcan y que tú conozcas a los demás.

Y mientras el sol caía sobre aquel pueblo blanco, yo sabía que mi historia allí apenas acababa de empezar. Dos mundos, una historia.

